



Fotógrafo : Fernando Codoceo Ortíz

“El poder de la palabra nos hará libres en el idioma que sea”.

Cuando escuché sobre el Voluntariado de Español para Migrantes por primera vez cursaba mi primer año de Pedagogía en Lengua Castellana. El respeto por las actividades extraprogramáticas era tan grande que muchas veces se confundía con temor, pues nadie que conociera había tomado aún las riendas de un hábito de estudio definitivo, que le permitiera realizar otra cosa que salir de la Universidad para llegar a la pensión para seguir estudiando. Sin embargo, sabíamos que en fondo era realizable bajo ciertas condiciones. Una de ellas, creíamos, consistía en ser estudiantes destacados, inapelables e implacables en el ámbito académico, y si bien aquello podría ser verdad hasta cierto punto, la realidad es que nuestra tumba tenía una inscripción imposible para varios compañeros: tener aprobados ambos módulos de Gramática Comunicativa; escenario que se tornaba mucho más dramático al considerar que para llegar a esa etapa había que aprobar Evolución del Español I y II, además de Ciencias del Lenguaje.

Proyectos / Testimonios y Experiencias



Después de mucho esfuerzo y suerte, todas aquellas asignaturas quedaron en el pasado con resultados humildes, pero efectivos. Ya en el segundo año de estudio aún seguíamos con los sueños intactos de hacer algo con nuestras vidas. Ser "adoptados" por algún académico o académica que nos permitiera investigar junto a ellos, escribir un artículo innovador en beneficio de la pedagogía o la literatura, pertenecer a alguna revista importante dentro de la carrera, o quizás realizar cualquier actividad que pudiera dejar nuestros nombres en alguna base de datos que dijera "Estudiante n°9586395 hizo esto", para que la posteridad nos recordara cuando llegásemos a tener éxito en la vida.

Así, con el pasar de los días y la competencia cada vez más evidente entre las veredas de la Universidad, comencé a sentirme cada vez más intimidado por los ánimos de destacar que se respiraban en cada conversación, hasta que un día en clases escuché el llamado con nombre y apellido a un joven lleno de sueños, expectativas y habilidades para una reunión ultrasecreta... Nunca supe qué le habrán dicho, porque claramente no era a mí a quien llamaban. No obstante, cuando volvió a la clase, con un verdadero instinto periodístico pregunté cuál era el motivo de la reunión. "Era del Voluntariado de Español para Migrantes. Para participar debíamos aprobar ambos módulos de Gramática, y hasta esa fecha solamente habíamos cursado uno. Pensaba ser un buen estudiante, pero nunca había tenido la oportunidad de demostrarlo, al mismo tiempo que me preguntaba "Bueno. Está bien. La gramática es necesaria, ¿Pero cuál es la necesidad del pretérito subjuntivo pluscuamperfecto cuando la necesidad es saber cómo llegar al hospital en una urgencia?".

Proyectos / Testimonios y Experiencias

La clase aún no había terminado, pero necesitaba salir de esa duda. Con permiso me levanté y fui directo a la oficina de la profesora Giselle Bahamondes. En una conversación que duró aproximadamente 10 minutos expuse mis preocupaciones al respecto, claro que la gramática no era todo. Hasta ese momento no había considerado la preparación de didáctica que tampoco poseía, pero sí había algo que podía llegar a equipararla, y eso era la necesidad de enseñar. En ese corto lapso de tiempo me sorprendí al saber que estaba dentro del Voluntariado. La profesora fue explicando las modalidades, horarios, equipos de trabajo y recursos a utilizar. Miraba los juegos de dados para contar historias, las cartas para familiarizarse con formas y vocabulario, e incluso ¿Un Twister? Nunca habría pensado algo así para estudiar las partes del cuerpo. Pensé que había cometido un grave error, porque no creía tener las capacidades para usar tantos materiales en lapsos tan breves de tiempo y tantos contenidos a revisar.

La primera clase llegó, y bajo el alero de la profesora en persona comenzamos a trabajar de inmediato. En esta instancia la tarea consistía en realizar entrevistas a los estudiantes, a fin de realizar fichas con datos personales y motivaciones para el curso. No sabía hablar lengua criolla, y estaba comenzando a sentirme ansioso, pues aún no encontraba el contexto adecuado para usar los recursos que me habían indicado la semana anterior, a fin de lograr algún tipo de comunicación, sobre todo considerado que se trataba de estudiantes provenientes de Haití. "Hay idiomas que se parecen, ¿Pero español con creolé? Difícil", pensaba desde mi ignorancia. Ya estaba nervioso en este punto, y recordé una de las reglas importantes de la pedagogía: nunca improvisar, siempre planificar. Sin embargo, mientras la profesora lograba entablar comunicación con los estudiantes yo observaba, pero al mismo tiempo pensaba qué haría si estuviera en la misma situación que ellos. A quién acudiría, qué cosas buscaría traducir, o qué preguntaría exactamente. ¡El carnet de identidad! Lo saqué inmediatamente de la billetera, y apuntando con el dedo a cada uno de los detalles encontramos un punto en común. Nombre, nacionalidad, género y edad. Al fin podíamos entendernos en algo. Era increíble ver que incluso con miradas las palabras pasaban a segundo plano, y desde ahí comprendí la importancia de la empatía como una parte fundamental del lenguaje.

Se preguntarán como eran los sistemas de evaluación, pues, sí había una prueba que debían rendir al final del curso, pero honestamente eso nos traía sin cuidado. Al principio, cuando conversábamos con el matrimonio de Jean Veniel y Roswitha (sastre y enfermera de profesión, respectivamente), su yerno fue de gran ayuda, pues él hablaba un perfecto español. No obstante, fuimos testigos del avance en el momento en que notamos que sin él, lograban ayudarse igualmente entre ellos. Las emocionantes celebraciones internas que mantenían cuando lograban recordar el vocabulario nos hacían saber que todo iba a estar bien, y la evaluación no sería más que un trámite sin mucha importancia, pues ya estábamos comunicándonos, siendo aquello el único objetivo principal.

Proyectos / Testimonios y Experiencias



Cada equipo de trabajo, que consistía de un pequeño conjunto de compañeros de la carrera asistiendo a un grupo foco de estudiantes, fue testigo de cómo las clases tendían a comenzar de maneras más avanzadas cada semana. Ahora la pregunta inicial no era "¿Cómo me llamo?", sino "¿Qué hiciste el fin de semana?". Claro que esto daba pie a situaciones difíciles que no supimos predecir con exactitud en su momento, como historias de vida complejas que los estudiantes necesitaban sacar de sí mismos. Hubo ahí un valor agregado a las sesiones, cual grupo de apoyo frente a determinadas situaciones en que se pudiera ayudar más allá de la barrera idiomática. Frente a aquel escenario observé una interesante iniciativa de la profesora Giselle y el grupo avanzado de Español, donde los estudiantes fueron capaces de relatar sus historias y vaciar un poco su mochila personal al ponerla de manifiesto sobre un papel. El Voluntariado ya no se trataba completamente de una necesidad social, sino emocional.

Con el tiempo, las clases transcurrían con normalidad y logré presenciar la primera certificación de estudiantes que, orgullosos junto a sus familias, obtendrían el reconocimiento de haber aprobado el curso de español. Ya comenzábamos a planificar lo que sería el año siguiente, pero ni el esquema más ordenado nos prepararía para el encierro que transformaría toda interacción a pequeños círculos de colores con letras que hablaban ocasionalmente.

Proyectos / Testimonios y Experiencias

La pandemia que nos afectó a nivel global hizo evidente una problemática que hasta ese punto intentábamos equilibrar a base de esfuerzo y empatía, pero no fue suficiente. Desde nuestras casas debíamos planificar y preparar presentaciones, que ahora contaban con traducciones muy útiles para solventar problemas de audio, así como también imágenes para hacer más efectivo el vocabulario, pero nada de eso sirve exactamente si los estudiantes no tenían acceso a internet, o siquiera un dispositivo móvil donde conectarse a las clases. Si bien hubo un grupo extenso de estudiantes, que ahora involucraba a personas residentes fuera de Chile, hubo varias caras conocidas que simplemente dejamos de ver. Fueron tiempos difíciles que se lograron sacar adelante a base de orden y dedicación desde los grupos de trabajo, confeccionando material hasta las 4 de la mañana en algunas ocasiones junto a Ruth, a quien considero la primera colega real de profesión, pues sin estar cerca de culminar la carrera ya nos sentíamos como profesores, y comenzábamos a respetarnos como tal los unos a los otros.

Durante el año 2022 me encontraba en mi último año de estudio, y ya habiendo realizado labores de voluntario y coordinador pensé que las clases continuarían con la misma dinámica aprendida hasta entonces. Con cierto alivio comenzaba a proyectar lo que sería el baile final junto a los nuevos grupos de estudiantes, pero nada me preparó para una llamada que recibí a principios de aquel año, mencionando una iniciativa que requería de ayuda, pero más que experiencia o conocimientos formales, de carácter.

La profesora Giselle se encargó de presentarme una nueva variante del Programa de Español, pero que en esta ocasión no se dirigía plenamente a migrantes, sino a personas que habían vivido toda su vida en territorio nacional, pero bajo un contexto radicalmente distinto. Este era el caso de los colonos de Villa Baviera (antiguamente llamada "Colonia Dignidad"), quienes tenían como lengua principal el alemán y necesitaban aprender español para desenvolverse en una nueva realidad. Esto requería un cambio de mentalidad a una modalidad mucho más seria de lo esperado, pues no sabíamos con precisión qué tipo de información podríamos llegar a manejar en esta nueva experiencia. No obstante, y manteniendo la modalidad online, trabajamos siendo verdaderos oyentes de los estudiantes junto a sus saberes y experiencias de vida. Sabíamos español y teníamos las herramientas de sobra para enseñarlo, aunque ahora estas se encontraban marcadas por una silenciosa calma que por suerte logró desvanecerse con el paso del tiempo.

Proyectos / Testimonios y Experiencias



Fotógrafo : Fernando Codoceo Ortíz

Desde el encierro involuntario hasta las frías pensiones de Talca, sé que junto a mis colegas hicimos el mejor esfuerzo en conjunto para lograr las metas planteadas. En un principio pensando en la gloria personal, pero madurando lo suficiente para darnos cuenta de que nada de eso es verdaderamente relevante, porque desde un principio sabíamos que no cambiaríamos el mundo, pero incluso siendo un número reducido de profesores en comparación a otras ediciones del Voluntariado -y en el contexto más complicado por lejos-, lo importante era intentarlo.

Todos esos años parecieron realmente eternos, pero no por un sentido negativo, sino más bien porque mirando en retrospectiva no logro encontrar una forma de encajar tantas experiencias de vida en tan poco tiempo. Estrechamos la mano a la pedagogía, y por primera vez no fue algo que nos contó alguien más, sino que tuvimos la fortuna de poder vivirlo en primera persona. Por esta razón, siento que cualquier otro detalle o relato personal sería una pérdida de tiempo para los posibles lectores de este texto, pues espero que todas estas vivencias logren surtir un efecto que promueva una pedagogía empática ante cualquier contexto, desde lo estándar hasta lo no convencional.

Proyectos / Testimonios y Experiencias

Para finalizar, agradezco profundamente a mis profesoras, compañeras y compañeros que estuvieron presentes dentro de esta serie de vivencias. Antes no creía que hubiera un valor en mí mismo para realizar ciertas cosas, incluyendo el enseñar, pero la educación está un peldaño arriba de todos nosotros y debemos hacernos cargo de ella, confiando en que el poder de las palabras nos hará libres sea en el idioma que sea.

Álvaro Farías Fuenzalida

Profesor de Lengua Castellana y Comunicación